

Firmes en la Esperanza del Reino*

Jesús M. Sariego S. J.**

Queridas hermanas y queridos hermanos:

Un año más, las hermosas palmas del martirio de nuestros hermanos de la UCA adornan nuestras procesiones. Ellas nos recuerdan su firme esperanza del Reino. Ya próximo el final del tiempo litúrgico, en este domingo 33.º, todas las lecturas de la liturgia también nos describen las actitudes correctas para aguardar cristianamente la venida del Reino.

El primer texto, del profeta Malaquías (3,19-20), “el Mensajero”, fue escrito en el tiempo del regreso del pueblo y cuando Israel se recuperaba del destierro. El templo estaba aún en ruinas, el pueblo desanimado y sin fuerzas para asumir los difíciles retos de la reconstrucción. Era época de reorganizar la convivencia, las relaciones, la vida religiosa y los grandes valores del pueblo. Todo el libro del profeta Malaquías busca levantar el ánimo y abrir la esperanza de Israel ante esta nueva coyuntura. Su mensaje pretende iluminar la fe de quienes vacilaban y llenar de esperanza a los pobres con la seguridad de la presencia de Dios en medio de su historia: “Brillará el sol de justicia, con la salvación en sus rayos”.

También en nuestro país, tras la oscura noche de la guerra, vivimos ahora un tiempo de reconstrucción. Un tiempo nuevo que nos pide a todos nosotros salir de nuestros propios intereses para lanzarnos a la creatividad, imaginación y apuesta por el futuro. Tenemos delante los grandes retos que ya estudiaron los mártires de la UCA: además de poder enterrar con dignidad y verdad a nuestras víctimas, debemos lograr el respeto a la vida humana; sacar a nuestro país de los bajos índices de salud, vivienda, educación; lograr que sean respetados los derechos humanos de niños, jóvenes y mujeres; frenar la sangría de salvadoreños que necesitan emigrar para buscar una vida digna y que, en ese camino, muchas veces son vejados y maltratados; en fin, conseguir que disminuya la desigualdad, la corrupción, el robo y la violencia.

Frente a tantas demandas del presente, a veces el recuerdo del pasado quiere paralizarnos en el llanto, en la tristeza o en un recuerdo nostálgico y estéril. A veces, los retos del presente son tantos y tan complejos que parecie-

* Homilía presentada en la Cripta de la Catedral de San Salvador, el 14 de noviembre de 2010.

** Provincial de la Compañía de Jesús para Centroamérica.

ran desbordarnos e, incluso, embotar nuestros sueños. Por eso, el mensaje del profeta Malaquías resuena entre nosotros con fuerza: nuestro final es de esperanza, de justicia y de liberación. Brillará la luz, nuestro proyecto no se vendrá abajo porque se sostiene en Dios y en sus promesas. No hay lugar para esos mensajes catastrofistas de los agoreros de la muerte que miran el futuro como amenaza o día terrible, o de quienes solo viven haciendo ficciones sobre el final de los tiempos. De algo estamos ciertos: el final de los tiempos es de Dios y de quienes creemos en Él.

Tampoco la venida del Reino es un evento para anticipar en simples festejos sin compromiso. Los mártires de la UCA, cuyo recuerdo celebramos en este día, no nos dejan evadir el presente. Hay que mantener nuestras lámparas encendidas y poner a producir nuestros talentos. Todos y todas sin excepción

Es que la buena nueva encuentra serios obstáculos en este mundo.

Son quienes no quieren dar paso a un nuevo modo de vida edificado sobre la justicia, la verdad y el amor. Se resisten por miedo, por asegurar una vida edificada sobre arena y, furiosos, matan a los profetas.

debemos poner lo mejor de nuestras personas, manos a la obra para conseguir ese final; el Reino nos convoca a todos a la acción y al trabajo. El Concilio Vaticano II nos recordó la responsabilidad especialmente de los laicos para construir un mundo más humano y fraterno, el banquete de los hijos de Dios. El Reino, como la tierra prometida, es un don y una conquista. No se consigue sin esfuerzo. Ya Pablo alerta a la comunidad de Tesalónica (2 Tes 3, 7-12) en esa misma línea: la segunda venida del Señor es inminente, pero hay que trabajar y luchar por ella. Y el que no quiera trabajar, que no coma, dice el Apóstol.

No es propio de un cristiano quedarse paralizado en las glorias religiosas del pasado, los templos y santuarios hechos de mano humana. El Templo de Jerusalén, avisa Jesús, será destruido, y con él todas las imágenes y proyecciones de Dios construidas por mano humana que solo quieren acercarnos a un Dios siempre mayor que nosotros y que nos desborda. No quedará piedra sobre piedra. Mientras se derrumban los templos de Jerusalén, nos toca reconstruir ese templo de Dios que es la persona humana, para que brille en ella la dignidad de los hijos de Dios. Cuando el Reino llegue, el hombre pleno y la nueva convivencia humana serán ya para siempre templo y presencia de Dios permanentes.

Pero, además, Jesús nos advierte, en el Evangelio de Lucas (Lc 21, 5-19), que este largo camino estará atravesado por la persecución y el martirio. Jesús pronuncia estas palabras justamente en su última visita al templo de Jerusalén, consciente de que los poderes de este mundo lo van a condenar. Persecución incluso de los amigos y familiares; ante reyes y gobernadores. Es que la buena nueva encuentra serios obstáculos en este mundo. Son quienes no quieren dar paso a un nuevo modo de vida edificado sobre la justicia, la verdad y el amor. Se resisten por miedo, por asegurar una vida edificada sobre arena y, furiosos, matan a los profetas. Si al Maestro lo persiguieron, los perseguirán a ustedes.

Ya lo había anunciado Jesús: “Yo les daré palabras sabias que ningún adversario podrá contradecir”. Las palabras de nuestros mártires, la palabra de

Monseñor Romero, sus homilías, así como los análisis de nuestros compañeros de la UCA siguen siendo una palabra llena de sabiduría. Y es que la verdad es una señal inconfundible del Reino. La verdad, brilla resplandeciente en medio de un mundo de mentira y engaño. La verdad, aunque aparentemente indefensa, se convirtió, en la vida de Romero y de los Padres de la UCA, en luz para muchos. Ella no necesita defensa; se impone al pasar de los años y hoy, al llegar a los 21 años de su asesinato, sigue iluminando en el mundo entero a muchos hombres y muchas mujeres de buena voluntad. Con el tiempo, el testimonio de los hermanos jesuitas y de Elba y su hija Celina, asesinados en la UCA en la madrugada, no se ha apagado. Ellos nos invitan, como nos pide Jesús, a dar el testimonio con nuestras propias vidas. Testimonio del futuro de reconstrucción con el que soñamos para nuestro pueblo: del de la paz con justicia, la reconciliación desde la verdad, el del desarrollo sin exclusión.

En nombre de todos mis compañeros jesuitas, quisiera agradecer en este día la cercanía de todos ustedes, comenzando por los venidos de muy lejos. Una cercanía solidaria expresada en esta Eucaristía y desde aquel triste amanecer y por muchos años, en tantos gestos de soporte y presencia. Muchas gracias por su apoyo y caridad.

La memoria de los mártires de la UCA que hoy nos convoca, así como el recuerdo imborrable de nuestro pastor mártir, Mons. Romero, nos invitan a no desfallecer en esa tarea. Nada podrá apartarnos de esa pasión por llevar adelante el Reino, que es como un fuego que devora nuestras entrañas como conmovió a nuestros hermanos jesuitas. Su honestidad nos invita a mantenernos firmes en la esperanza del Reino.

Encomendémonos a nuestros mártires de la UCA, Pidamos a Monseñor Romero, cuya presencia inunda en esta cripta, que su vida inmolada por amor a este pueblo nos ayude a construir creativa y laboriosamente el Reino que tanto anunció en esta misma Catedral, con su palabra valiente.